

Naturalmente, esta vez tendré que hablar de arte...

— Envío del autor —

= Conferencia leída ante la *Academia de Bellas Artes de Colombia* en su primera sesión pública, habida el 24 de abril de 1931, por el académico de número doctor Luis López de Mesa =



Luis López de Mesa

A uno le "da pena" ser académico: son muchos los conciudadanos de gran valor intelectual a quienes la limitación numérica de estos institutos excluye de su nómina, a veces convencional e injusta; y azora, casi espanta, esto de suscribir sus trabajos con un título que presupone excelencias mentales que el fuero interno rehusa con inefable mueca de ironía. Mas era ya oportuno el que existiese en Colombia una institución de esta índole para ciertos menesteres, fundamentales aunque humildes, de inventario del haber artístico nacional, de su vigilancia misma, de discreto impulso para algunas benéficas novedades, y hasta—¿por qué no decirlo?—hasta de abono de la vanidad, útil también si se nos la esquilma hábilmente.

Algo más obró en nosotros para esta ocurrencia de dejarnos titular con tan arrogante adjetivo: nos pareció agradable el trabajar en grupo, porque nos conocíamos bien y estimábamos los unos a los otros y aun nos queríamos ya con amistad de luengos años. También porque de España tuvimos un mensaje de invitación a formar este centro en connivencia filial con la muy diligente y gloriosa Academia de San Fernando, lo que era ya de suyo suceso indeclinable; invitación, además, tan efusiva y noble que consideramos deber nuestro pedir hoy cariñosamente a todos los colombianos nos ayuden a agradecerla en lo que es, maternal y gentilísima actitud de la abuela patria española.

Naturalmente esta vez tendré que hablar de arte. Y hasta quisiera aprovechar las pocas horas que me restan de noviciado para desahogarme de algunas opiniones irreverentes en achaques de filosofía antes que la discreción selle mis labios con apotegmas de sabiduría milenaria. En primer término ensayaríamos a filosofar en lenguaje común, pues de antiguo entendí, y sigo profesando, ser poco inteligibles los filósofos por extralimitación de funciones gramaticales, muy destacadamente por abuso en la transposición del significado de las voces. Acaso todos los grandes sistemas de filosofía se pueden reducir a dos o tres frases, desde luego algo erróneas, con un halo de inquietud espiritual, porción fecunda, indestructible y perdurablemente valiosa del esfuerzo que representan. Y esas frases son sencillas como el bendito que rezamos con nuestras primeras expresiones infantiles. Todos filosofamos sin saberlo académicamente, y tal vez hemos nacido sólo para discurrir un rato sobre el significado de la existencia humana. Cuántas cosas no sabremos a escondidas de nuestra conciencia encandilada: toda la vida había deseado aprender griego, hasta que me di cuenta de que ya lo hablaba inconscientemente, y muy puro, pues que la medicina va siendo un dialecto de los más eufónicos y refinados de aquel idioma. Tal así, ustedes y yo podemos filosofar esta noche sin vacilación ninguna, porque vivimos cotidianamente en una selva de teorías. Créanme ustedes que el hecho de comer como comemos y de vestir, hasta de enfermar, etc., depende estrictamente de algún concepto filosófico; y si no la muerte en sí, a lo menos nuestra manera de morir es un resabio ideológico de los abuelos agazapados y ocultos en la estructura social.

Lo alarmante es que habiendo filosofado los de Asia y de Europa durante tres mil años han ya casi extinguido los más opulentos filones, y no es hoy día fácil disparatar en estas materias sin coincidir con alguien en el uno o en el otro de aquellos venerables continentes. Con grave fundamento piensan los críticos de allende el Mar Atlántico ser pobre y aun de poca promesa el hemisferio americano en asuntos de filosofía. Ello es verdad y continuará siendo una verdad por varios lustros: mientras no se espiritualice

en nuestra confusa sangre esta geografía del Nuevo Mundo no daremos al olvido los axiomas hasta hoy evidentes y gloriosos del pensamiento eurasiático, ni jamás nuestros pensadores podrán pensar originalmente en los moldes de una tradición que su ambiente no fecunda. No produciremos un Descartes, un Kant, un Newton sin antes destruir sus antecesores en el ritmo recóndito de nuestra propia existencia. Los europeos han querido hacer de la guerra de 1914 un punto etapa de nueva ideología: En el ámbito recatado de esta noche, confidencial y muy respetuosamente podemos decirnos que tal vez no andan muy justos en esta suposición, así cual ellos la entienden. Quizás el paisaje europeo dio al hombre su más grande contingente, y no encierre para su espíritu novedad alguna, pues muy poco parece existir en él explotado para el sustento de otra génesis cultural. Cuanto va surgiendo allí es una remasticación, rumia digamos, del alimento tradicional greco-romano-judío, que ha venido actuando dentro del goticismo y la orientación experimental-industrial, al fin de cuentas, las dos creaciones de la cultura occidental europea. Sin duda Europa halla diariamente aspectos interesantes al complicado poliedro de su ideología multiseccular, mas lo que se entiende por concepto básico, por idea matriz, timonero hacia ignorados rumbos, no se alcanza a ver aún. Filosofías de la voluntad, de la intuición, del sentimiento, fenomenología, cristianismo individual, hinduismo, materialismo histórico, neo-idealismo, realismo crítico, etc., nos divierten, nos instruyen, nos disciplinan, pero no atrapan la plenitud de nuestra fe. Desde Mussolini hasta Bernard Shaw el hombre contemporáneo cree en lo que predica mientras halla algo mejor al alcance de su entendimiento habreado de certidumbre. La guerra de 1914 hubiera sido etapa de nueva cultura de haber representado un conflicto espiritual, o racial al menos. Los testigos mentales de tan tremenda barbaridad sabemos que fue principalmente de un ataque epiléptico de malos

comerciantes. Por eso no engendró ni un héroe ni una religión ni una filosofía. No obstante, una conmoción de aquella magnitud nunca pasará sin producir efectos espirituales: Quizá se estén ya incubando en Rusia, núcleo de una religión en medio de todas las impiedades, y en América del Norte, campeón de una grande impiedad en medio de todas las religiones; tierras vírgenes donde el espíritu puede conjugarse con la naturaleza para el engendro de alguna nueva orientación.

Porque antes de extinguirse esta etapa de la historia universal, esta era de la industria, tendrá que producir su propia metafísica. Ya la obra de los físicos contemporáneos tiende a cerrar el ciclo entre lo extremadamente diminuto y la infinitud del cosmos. Es como si hubiéramos tocado el fondo en este piélago de tres centurias de análisis e iniciáramos la síntesis cultural de una nueva parábola de la historia.

En tales circunstancias de lugar y tiempo, sin ejercer en mí la actualidad de una América en sazón, ni la "vivencia" de la cultura europea, mis palabras apenas jugarán sobre el abismo, fugaz caligine del alba, para festejar esta primera noche de una institución que me regaló con honra.

Ella abarca el culto de cuatro artes. Tal vez sea una exageración nuestra, que si comedidamente lo pensamos, una bastaría, así en femenino, pues por lo que hace al arriscado y señero masculino "El Arte" no sé yo de nadie que lo entienda y defina a contentamiento de toda la humanidad.

Esta incertidumbre tiene sus ventajas, de que me aprovecharé esta noche para hablar de él sin grave ni leve peligro de ofender a ustedes. Hace mucho tiempo se me ocurrió que el arte podía definirse como un narcisismo de la vida. Ignoro si esta definición resista el análisis de una extensa casuística, tanto de la creación como de la contemplación, mas en cuanto la he discutido a solas, los que es una discusión fácil, la he hallado conveniente.

No diré que sea un narcisismo de la vida humana, porque temo exagerar las distancias que el hombre supuso siempre existir entre su especie y las que le acompañan en el reino animal. Me ha impresionado la noción de que en algunas otras ramas de la zoología pueden hallarse en esbozo todas las actividades vitales que en lo humano descuellan espiritualmente, como son la inferencia, la conciencia, los sentimientos, la voluntad teleológica, etc., y no me atrevería a negar a los animales cierta capacidad de discernimiento de la fealdad y de la belleza, ni menos aún el definido placer que les causan el ritmo y los colores, como ocurre en su estimación de la danza y el canto. No pocos pensadores opinan que el juego es el embrión del arte, y en los animales se da el juego con una riqueza de movimientos y de intención todavía poco analizada. En sus construcciones hay a veces una abundancia de detalles, lujo dijéramos, que sobrepasa las exigencias del mero instinto, y el lujo es ya una adquisición estética. En sus amores se columbran claras preferencias por la elegancia y el vigor, que no podríamos asignar a un ciego "tropismo" humoral. Los perros y los simios tienen mucha vanidad de los adornos con que se les viste, y en alguna manera sus gustos son, como en el salvaje, por los colores encendidos. También el caballo de carrera asume actitudes elegantes cuando triunfa, cual si quisiera añadir conscientemente un mérito artístico a la hazaña de sus remos. Algo más sugieren las labores de algunas aves e insectos. Tal vez el hecho de poseer bellas formas sea un arte de la especie. ¿No se puede acaso—descuidando un poco la severidad científica—conce-

(Pasa a la página 41)